
Jesús y otros salvadores*

*Paul F. Knitter***

Colombia es un país que, verdaderamente, está situado en la encrucijada del mundo, en medio de dos hemisferios de América y en su centro, si consideramos a América como el camino que tomó Colón para llegar desde Europa a las Indias Orientales. Es parte de un mundo unido por la televisión, las líneas aéreas, el Internet y, por lo mismo, sometido al impacto continuo de otras culturas y religiones.

Es imposible, al entrar en contacto con esas culturas, no preguntarse por la forma como ellas encuentran la salvación en la propia religión y al margen de Jesucristo, para nosotros el Único Salvador. Este punto de vista hace que el tema que estudia este artículo sea tan importante para Colombia como lo es para Estados Unidos, o la India, pero por razones diferentes.

El contexto que permite captar la importancia del tema “Jesús y otros salvadores” es la realidad del pluralismo religioso. Hoy, en aquellas partes del mundo con las que estoy más familiarizado: Estados Unidos, Europa, India, Japón, Sri Lanka, el pluralismo religioso se siente como un *hecho* y un *problema* que acapara la atención de todos los creyentes. Ahora, más que antes, somos conscientes de la presencia de

* Traducido por Alvin Góngora y Virgilio Zea, S.J.

** Doctor en Teología, Universidad de Marburgo (Alemania). Profesor de Teología Xavier University, Cincinnati (Ohio), Estados Unidos y Facultad de Teología Pontificia Universidad Javeriana.

distintas religiones: hay muchas formas diferentes de ser religioso, de buscar a Dios, de experimentar la paz y el significado para la vida que se espera de la religión. Además, para muchos es claro que ya es tiempo de que todas esas religiones terminen sus conflictos y competencias para empezar a cooperar frente a los problemas bélicos, al sufrimiento y la injusticia que, a juicio de muchos, solamente la religión y la fe pueden resolver. Las distintas religiones tienen que explorar nuevos canales de diálogo, encuentro, y colaboración de unas con otras a fin de vivir en paz y promover así la paz mundial.

¿Tiene esta problemática algún sentido para Colombia? A juzgar por lo que he visto durante mi breve estadía aquí, y especialmente por lo que me cuentan mis amigos colombianos, el asunto en cuestión tiene una importancia cada vez mayor en el país. A su manera, Colombia está experimentando la realidad y el problema del pluralismo religioso. Es posible que en Bogotá no haya tantas manifestaciones cúllicas como en Nueva York, Londres, Frankfurt o Bombay. Colombia todavía es un país predominantemente católico, si bien ya es notoria aquí la creciente presencia del hinduismo (en la versión de los Hare Krishnas) y del budismo (mediante el zen y el budismo tibetano), y por supuesto, crece el interés entre los católicos colombianos por explorar la espiritualidad de otras religiones, especialmente asiáticas. Pero la manifestación principal de la realidad del pluralismo religioso en Colombia es el número creciente de diferentes iglesias cristianas que ya forman parte del panorama al cual ustedes están acostumbrados. El incremento de la variedad de iglesias protestantes, fundamentalistas y de las sectas le ofrece a los colombianos una amplia gama de posibilidades para ser cristiano. Pero este fenómeno también invita a la sociedad colombiana a reconocer la necesidad de buscar una mejor coexistencia y cooperación entre todas esas iglesias, especialmente entre la iglesia Católica Romana más numerosa y las demás comunidades protestantes. Si existe una necesidad de diálogo entre las diferentes religiones alrededor del mundo, también la hay entre las diferentes iglesias en Colombia.

Este artículo quiere presentar los aspectos cristológicos del diálogo entre las diferentes religiones. Me voy a permitir sugerir una perspectiva diferente para entender a Jesús a fin de aportar a un diálogo más enriquecedor con otras confesiones; esta perspectiva puede además contribuir al diálogo entre las diferentes iglesias cristianas. Espero que en nuestra discusión podamos, aplicar estas consideraciones a la situación colombiana en una forma clara e iluminadora.

Así, pues, me gustaría describirles, en grandes pinceladas, cómo un número cada vez mayor de cristianos ha comenzado a reconsiderar y a reinterpretar el carácter

de único salvador atribuido por la Escritura a Jesucristo, si se reflexiona sobre la persona de Jesús, desde la perspectiva de la relación del cristianismo con otras comunidades religiosas. Esta nueva interpretación se llama la “perspectiva pluralista” o “cristología pluralista”. Cuando se plantean nuevas preguntas en torno a cómo se explica el carácter de único salvador de Jesús, los cristianos no hacen suya la tarea que la teología cristiana ha acometido durante siglos: ¿cómo entender el mensaje y el papel de Jesucristo de tal forma que les permita a los cristianos responder genuinamente a nuevas situaciones en un mundo siempre cambiante y, al mismo tiempo, permanecer fieles al reto de vivir y anunciar la Buena Nueva. ¿En otras palabras, las nuevas perspectivas acerca de Jesús buscan explorar posibilidades para lograr dos propósitos: ¿cómo ser más abiertos a los creyentes de otras religiones que siguen en pos de otros salvadores (y a otras iglesias cristianas que siguen a Jesús en formas diferentes) y, a la vez, cómo mantenerse decidida y profundamente comprometidos con Jesús? ¡Una tarea nada fácil!

PERSPECTIVAS TRADICIONALES PARA EXPLICAR LA SINGULARIDAD DE JESÚS: EXCLUSIVISMO E INCLUSIVISMO

Comenzaré por presentar aquellas perspectivas que tradicionalmente los cristianos han sostenido en su comprensión de la singularidad salvífica de Jesús. Podríamos llamar a la primera de ellas el modelo exclusivista. Esta actitud ha marcado la mayor parte de la historia de la iglesia cristiana, especialmente desde el siglo IV hasta el XVII. El modelo exclusivista ve a Jesús como el solo y único salvador, y a la fe cristiana como la sola y única religión verdadera. En consecuencia, y de acuerdo con el viejo refrán, “fuera de la Iglesia no hay salvación”. Puesto que Jesús es el único salvador y solamente se le puede encontrar en la Iglesia, todo aquél que esté por fuera de la Iglesia va a enfrentar dificultades incalculables en sus intentos por conocer a Dios y abrirse camino hacia el cielo. Aunque ha habido notables excepciones a esta actitud, ella ha caracterizado que la mayoría de los cristianos asumen al acercarse a los seguidores de otras religiones. De igual forma, tal actitud es también responsable de la motivación de grandes misioneros como Francisco Javier, quien viajó a tierras extrañas a bautizar tantas almas como le fuera posible para salvarlas así del infierno.

En nuestros tiempos, este modelo exclusivista, el cual insiste en que un individuo puede ser salvado únicamente conociendo y aceptando a Jesús como su salvador, está aún presente en las así llamadas iglesias fundamentalistas. Para ellas, sólo se

puede conocer a Dios a través de Jesús, y a Jesús se lo puede conocer únicamente a través de la predicación del Evangelio.

Pero para otros cristianos, especialmente católicos, este modelo exclusivista ha sido revisado gracias a nuevas experiencias y nuevos descubrimientos. Poco a poco, y comenzando en el siglo XVI, a medida que el “Nuevo Mundo” era conocido más y más por la vieja Europa, y a medida que los cristianos tomaban conciencia de la existencia de millones de personas quienes, sin culpa de parte suya, no conocían a Cristo, los cristianos tuvieron que preguntarse ¿cómo podría un Dios de amor enviar tanta gente al infierno únicamente porque no era europea? De allí se empezó a desarrollar un nuevo modelo para comprender la salvación en Jesús y la posibilidad de salvación en otras religiones, a saber: el inclusivismo.

Las características básicas de este modelo fueron formuladas en el siglo XVI, cuando el Concilio de Trento concluyó que la gente que nunca antes había oído hablar de Jesús ni había sido bautizada podría salvarse gracias a un “bautismo de deseo”, siempre que siguiera su conciencia y viviera y practicara la justicia, de acuerdo a los patrones morales dictados por su conciencia. Pero fue especialmente durante este siglo, particularmente en el Concilio Vaticano Segundo, cuando el modelo inclusivista fue elaborado y aprobado como el modelo aceptable -y para los Católicos, “oficial”- para juzgar acerca del valor salvífico de otras religiones. Afirmando a Jesús como el único o, al menos, más claro camino para encontrar la salvación, el acercamiento inclusivista sostiene que la presencia salvífica de Jesús y su Espíritu puede operar allende los límites de la Iglesia visible y puede encontrarse en otras religiones, así éstas no se percaten de ello.

Este punto de vista fue desarrollado por el profesor alemán, Karl Rahner, quien animaba a sus hermanos católicos a considerar a las personas que pertenecen a otras religiones que ni son llamadas explícitamente cristianas, ni tienen conciencia de ser en verdad cristianas y que, viviendo de acuerdo con ellas, obran de acuerdo a sus exigencias morales, como “cristianos anónimos”. Según el sentir de Rahner, la presencia y acción de Cristo pueden encontrarse al interior de otras religiones, aunque Cristo no fuese explícitamente conocido por ellas.

Para este modelo inclusivista hay un gran valor en otras religiones; este modelo invita a los cristianos a reconocer dicho valor y a entrar en diálogo con otros creyentes. Pero a la postre, estas otras religiones deberían integrarse a Cristo y a su Iglesia, pues Cristo sigue siendo la expresión “última” y “normativa” de la

voluntad de Dios para todo el mundo. Si bien los hindúes pueden salvarse en su propia religión porque son cristianos anónimos, les iría mejor si conocieran explícitamente quiénes son y si se percataran de que es Cristo quien los está salvando sin sacarlos de su religión. Y, obviamente, esto sólo sería posible si se unieran a la Iglesia Católica. En consecuencia, el valor de otras religiones y la verdad encontrada en ellas tiene como finalidad preparar a esos fieles para que reconozcan la revelación final y definitiva de Dios en Jesús. Así que, mientras este modelo afirma la presencia de Dios en todas las religiones, al mismo tiempo insiste en que esta presencia sólo puede ser encontrada plena y totalmente en Jesús y su Iglesia.

En años más recientes, algunos cristianos y teólogos cristianos se han preguntado si este modelo inclusivista permite un verdadero diálogo entre las religiones y si en verdad es consistente con lo que Jesús pensó de sí mismo. ¿Podría alguien entablar un diálogo genuino con otros creyentes, si piensa que él y sólo él tiene la última palabra sobre Dios, o si se piensa que cualquier bondad o verdad subyacente a otras confesiones religiosas tienen que concordar con lo que él ya conoce? No. Diálogo significa una actitud verdaderamente genuina de escucha y de disponibilidad para aceptar nuevos acercamientos a la verdad. ¿Cómo podrían los cristianos escuchar y estar en realidad abiertos al diálogo; cómo podrían ser verdaderamente disponibles para el cambio si insisten en que ellos tienen la verdad última y perfecta acerca de Dios en la persona de Jesús? Los cristianos afirman que Jesús los llama a entrar en un diálogo real con los fieles de otras religiones, pero su forma de comprender a Jesús parece impedir tal diálogo!

UN MODELO PLURALISTA PARA COMPRENDER EL CARÁCTER DE ÚNICO SALVADOR DE JESÚS

He aquí, entonces, la razón por la cual muchos otros cristianos y teólogos, nos hemos dado a la tarea de explorar un nuevo modelo de acercamiento al carácter de único salvador de Jesús y a su relación con otras confesiones religiosas. A dicho esfuerzo se le ha llamado el modelo pluralista. Los cristianos pluralistas quieren seguir afirmando el valor verdaderamente singular de Jesús para la salvación de todas las personas, pero quieren también abrirse a la posibilidad de que Jesús no sea el salvador exclusivo de todos los hombres y mujeres. Los pluralistas están abiertos a la posibilidad de que Dios pueda realizar la salvación en y a través de otras religiones y figuras religiosas siguiendo caminos similares a los utilizados por él

en Jesús y en la Iglesia Cristiana. Ellos creen que los cristianos tenemos mucho que aprender de otras religiones así como éstas pueden aprender del cristianismo.

Este modelo, el cual no insiste ya en la superioridad o carácter radicalmente exclusivista de Jesús, es en verdad una novedad en la conciencia cristiana, y, por lo tanto, causa de profundas controversias. A continuación, resumiré los principales motivos por los que un creciente número de cristianos (especialmente en Asia donde los cristianos viven el contacto con otras religiones en forma muy distinta de como se lleva a cabo en Europa y Norteamérica) consideran que el modelo pluralista es auténticamente cristiano y que permite al mismo tiempo, no sólo la fidelidad en el seguimiento de Jesús sino también la comprensión y la apertura a otras manifestaciones religiosas. Me parece intuir que si las diferentes iglesias cristianas asumieran posturas más marcadamente pluralistas en su comprensión de Jesús, esta actitud ofrecería mayores posibilidades para el diálogo y la cooperación entre las Iglesias Cristianas. En otras palabras, pienso que tanto la Iglesia Católica como las protestantes en Colombia gozarían de mayor armonía si llegasen a acuerdos sobre una perspectiva pluralista para comprender, desde ella, el carácter único y singular de Jesús para la salvación de los hombres y mujeres de nuestro mundo de hoy. Permítanme poner a su consideración algunas razones por las cuales los cristianos, tanto católicos como protestantes, no sólo podrían sino que también deberían aceptar una comprensión pluralista de Jesús.

Ante todo, los pluralistas argumentan que sólo porque algo es sorprendentemente nuevo y parece estar en contradicción con enseñanzas anteriores, no necesariamente significa que dicha novedad esté fuera del apropiado cauce. Todas las religiones, a fin de permanecer con vida y conservar vitalidad, tienen que experimentar cambios; y puesto que el cristianismo es una religión viva, ha cambiado a menudo sus prácticas y su forma de comprenderse y explicarse. Por ejemplo, hubo un tiempo en que la Iglesia enseñó que la esclavitud era permisible, que cobrar intereses no era permisible, que fuera de la iglesia no había salvación de tal modo que tanto “los judíos como los herejes” estaban destinados al infierno, etc. En todos esos casos ha habido un cambio radical. De manera que el cambio, incluso el más drástico, no necesariamente es anticristiano.

De igual manera, cuando consideramos de cerca la cristología, o los intentos de la comunidad cristiana por entender quién fue realmente este Jesús, descubrimos un cambio similar. De hecho, el mismo Nuevo Testamento da cuenta de una amplia variedad y de diferentes perspectivas de interpretación de la persona de Jesús y su

obra salvadora. La comunidad Cristiana Primitiva, después de la muerte de Jesús, usa una gran variedad de nombres para expresar el misterio de su persona -Hijo del Hombre, Profeta, Señor, Mesías, Cristo, Hijo de Dios, Palabra de Dios. Es perfectamente claro que se dio una evolución en la forma como los cristianos entendieron la relación de Jesús con Dios. Cuando el autor del Evangelio de Juan declaró a Jesús la encarnación de la Palabra preexistente de Dios estaba interpretando a Jesús en una forma que quizás nunca habrían usado los cristianos de la Primitiva Comunidad Palestinese. En efecto, hubo un cambio real, o desarrollo, en la forma como los cristianos interpretaron y comprendieron la persona de Jesús. Este desarrollo o crecimiento que lleva consigo un cambio en todo el sentido de la palabra, se encuentra hoy en los esfuerzos de los cristianos por abordar nuevas formas de explicar y comprender el papel salvífico de Jesús, cuando su persona y su obra se confrontan y se relacionan con otras religiones. No deberíamos sorprendernos de ello.

Podemos también aludir a la experiencia personal de los cristianos para mostrar la posibilidad de un entendimiento pluralista de Jesús. Cuando analizamos atentamente la experiencia de fe cristiana, es decir cuando tratamos de discernir cuál es el proceso interior que se lleva a cabo en la persona y que la hace seguidor/a de Jesús (puesto que en esto consiste esencialmente “ser cristiano”) parece que no es necesario que el cristiano considere o entienda a Jesús como la “única” y “última” Palabra de Dios. Cuando un hombre o una mujer deciden seguir a Jesús -es decir, ver el mundo como él lo vio y seguir su ejemplo de amor al prójimo y de trabajo por la justicia- toman este camino porque han llegado a comprender y a creer que Dios está real y verdaderamente presente en la vida de ellos, interpelándolos en y a través de este hombre de Nazaret. Esta fue la convicción que llevó a los primeros cristianos a llamar a Jesús Hijo de Dios y Salvador porque, al vivir el encuentro con Jesús, experimentaron a Dios realmente presente en él y se relacionaron con Dios en la forma en que lo hacía Jesús. Esta misma experiencia subyace (o debería subyacer) en el corazón de la vivencia cristiana de hoy. Pero observen, se trata de una experiencia de que Dios realmente está presente en Jesús. No quiere decir esto que se trata de una experiencia de Dios presente únicamente en Jesús. Al decir “realmente” no necesariamente se está diciendo “únicamente”.

Por otra parte, al experimentar la verdad del mensaje de Jesús y el poder y la presencia de Dios en este mensaje, los cristianos sienten, en lo profundo de sus corazones, que este mensaje puede ser salvífico para las personas de todos los tiempos. Por esto, quieren “ir y enseñar a todas las naciones”. En otras palabras, los

cristianos experimentan que el mensaje de Jesús y su persona tienen un significado o valor universal -es decir que están cargados de sentido para todos los hombres de todos los tiempos-. El valor universal es esencial a la experiencia que los cristianos tienen de Jesús. Pero nuevamente llamo su atención al hecho de que al decir valor universal, no necesariamente estoy usando la palabra universal en el sentido de exclusivo o excluyente. Cada vez que los cristianos viven la experiencia del encuentro con Jesús, tienen la certeza de que él es “buena noticia” para todos. Pero esta confesión de fe no los lleva a la seguridad absoluta y excluyente de que él significa la única, y la mayor noticia para todos los hombres, hasta el punto de excluir todo otro posible camino de salvación. La posibilidad (realidad) de que haya otras “buenas noticias” no invalida mi compromiso con la buena noticia que se me ha comunicado.

¿NO EXISTE OTRO NOMBRE EN EL CUAL SE PUEDA ENCONTRAR LA SALVACIÓN?

Todo lo anterior, sin embargo, viene de una perspectiva: la de la experiencia humana. Para los cristianos, éste no es un argumento suficiente. La suya es una religión que tiene un punto de referencia esencial a la revelación de Dios consignado en la Escritura. Así que los cristianos deben también preguntarse ¿cómo encajan tales aproximaciones pluralistas con la Biblia?

La mayoría de los estudiosos del Nuevo Testamento concuerdan en que el corazón del mensaje de Jesús -lo que más le preocupó- no fue tanto él mismo sino lo que él llamó “el reino de Dios”. Tal fue la obsesión de Jesús y el centro de su predicación: Él quería que la gente creyese en y comenzase a trabajar por el reino de Dios. Este reino, nos dicen los entendidos, tenía que ver, tanto con el futuro reino celestial, como con el reino de amor, justicia y unidad que debe establecerse aquí en la tierra. Así pues ésta fue la razón de ser de la vida y de la predicación del Jesús del Nuevo Testamento: enseñar y trabajar por el establecimiento de este reino, especialmente entre aquellos que más lo necesitaban: los pobres, los enfermos, los marginados de la sociedad.

Después de su muerte y resurrección, los seguidores de Jesús cambiaron la orientación y el tema central de su predicación; ya no se pregonaba el reino sino la persona Jesús. Esto se debió, no simplemente al deseo de exaltar a Jesús, sino a que comprendieron que predicar a Jesús era la mejor forma de trabajar por el reino. Más aún, la Primitiva Iglesia Cristiana llegó a ser “Cristo-céntrica”, es decir, centrada

en Jesús. Si bien hubo buenas razones para este cambio de acento o perspectiva, debemos siempre tener presente que Jesús mismo fue “reino-céntrico”, es decir, su predicación tuvo como centro el anuncio y la instauración del reino. Lo más importante para él no consistía en que otros lo exaltaran por encima de todos los demás, ni en que insistieran en que él es el único Hijo de Dios, sino que creyeran en su mensaje y trabajaran por una sociedad de amor y justicia. Ser cristiano no consiste en repetir insistentemente que Jesús es el único o el “número uno” sino en seguirle encarnando una vida de preocupación por los demás. A decir verdad, éste es el sentido de su enseñanza cuando, al dirigirse a sus oyentes les dice: “No todos los que me dicen: ‘Señor, Señor’ entrarán en el reino de Dios, sino solamente los que hacen la voluntad de mi Padre celestial.” (Mt 7:21). La esencia del cristianismo está primordialmente en seguir a Jesús, no simplemente en alabarle.

Para los cristianos pluralistas, esto significa que la fidelidad a Jesús hoy no les exige erigirlo como el “único” y el “mejor”, o degradar otras figuras religiosas como Krishna o Mahoma. Más bien, ser un fiel discípulo de Jesús implica, ante todo, encarnar su mensaje de amor y justicia en la vida -trabajar por el reino de Dios. Y si ello puede hacerse en causa común con los discípulos de Krishna y Mahoma, tanto mejor. Después de todo, Jesús también dijo: “El que no está contra nosotros, está a nuestro favor.” (Lucas 9:50).

¿Pero qué actitud asumir ante todos aquellos pasajes del Nuevo Testamento que son claramente exclusivistas cuando emplean el vocablo “único” cada vez que hacen referencia a Jesús? Por ejemplo: “Hijo unigénito de Dios...” “No hay otro nombre...” “El único Mediador entre Dios y la humanidad...” “una vez por todas...” Al parecer, tal lenguaje es bastante claro.

Sin duda ninguna, este lenguaje es perfectamente claro, responden los cristianos pluralistas, si se toman los textos literalmente, pero tal diafanidad se diluye si se toman en su contexto. Los cristianos pluralistas hacen ver que el lenguaje sobre Jesús en el Nuevo Testamento tiene una peculiaridad especial. No se le haría justicia, y terminaríamos abusando de él, si optáramos por convertirlo en la clase de lenguaje que nunca pretendió ser. Según Krister Stendahl, quien fuera decano de Harvard Divinity School y Profesor de Nuevo Testamento, afirmaciones sobre Jesús tales como “Hijo unigénito de Dios”, o “no hay otro nombre”, son ejemplos de lo que él llama “lenguaje confesional” o “lenguaje de amor”. Esa es la clase de lenguaje que las personas utilizan cuando están entusiasmadas con o muy enamoradas de alguien. El propósito de este lenguaje es expresar lo que ésta persona significa

para quien habla y de qué manera nos hemos comprometido hacia alguien, él o ella. Esta clase de lenguaje no trata de presentar definiciones teológicas o filosóficas sobre la esencia íntima de la persona o que no referimos.

Sería de mucha utilidad traer a nuestro diálogo el ejemplo del lenguaje que se utiliza en el matrimonio. En momentos de sentimientos e intimidad profundos, el esposo o la esposa podrán decir con suma facilidad: “Tú eres la mujer más hermosa (o el hombre más atractivo) del mundo”. En tal situación de cercanía, la afirmación es cierta. Esto es lo que la persona siente. Pero en una clase de Filosofía, o en un tribunal, donde se hacen necesarias las “afirmaciones que se puedan sustentar”, la afirmación mencionada no sería cierta. El idioma sirve en diferentes contextos para diferentes propósitos. Su significado depende de cómo se le esté utilizando.

De manera que cuando los primeros cristianos proclamaban que Jesús era el único mediador entre Dios y la humanidad, ellos estaban expresando en sus confesiones de fe, de qué manera este hombre había afectado sus vidas y cómo podría transformar la vida de otros. El propósito de sus confesiones de fe era invitar a otros a aceptar a Jesús con la misma seriedad con que ellos lo habían hecho y a experimentar la salvación y la obra de la gracia que en él habían encontrado. El gran mensaje que querían comunicar era que, para ellos, Dios realmente estuvo presente en Jesús, y podría estarlo para todo el mundo. En la situación que ellos vivían en la cual habían experimentado tan profundamente la salvación de Dios en Jesús, ellos recurrían a palabras tales como “único”, “no hay otro” en la misma forma en que una pareja expresa la realidad y profundidad de su amor mutuo diciendo “sólo tú”, “tú eres mi único amor.”

En consecuencia el intento primario y fundamental del Nuevo Testamento cuando designa a Jesús con los calificativos de “uno y único”, era dar un mensaje positivo acerca de Jesús y no establecer un rechazo de otros mediadores salvíficos. Su meta era exaltar a Jesús como la presencia de Dios, no excluir o demeritar a otros en quienes Dios pudiera estar igualmente presente.

Por lo mismo concluyen los cristianos pluralistas, si los creyentes de hoy usaran un lenguaje tal como: “En ningún otro hay salvación” (Hch 4, 12) como medio para denigrar a Buda o Krishna, estarían abusando de este lenguaje. Permítanme insistir nuevamente, todo esto significa que se puede estar firmemente comprometido con Jesús y, al mismo tiempo, estar abiertos y apreciar a Buda.

Si este modelo pluralista para entender la singularidad de Jesús tiene alguna validez, permitiría a los cristianos abrirse a la posibilidad de reconocer que para los Hindúes o Budistas, Krishna o Buda representan manifestaciones genuinas del Ser Supremo. Reconocer la posibilidad de que Dios pueda salvar a otros mediante otros salvadores, no representa una amenaza a la convicción cristiana de que Dios está real y verdaderamente presente y salvando en y a través de Jesús. Admitir la posibilidad de que Buda o Krishna puedan también ser considerados como “Hijos de Dios” no pone en riesgo la certeza cristiana de que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios. A decir verdad, yo pensaría que mientras más profundamente un cristiano crea y sienta que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios, habrá menores posibilidades de que se sienta amenazado por otros Hijos o Hijas de Dios. Puesto que los cristianos han aprendido a conocer de Dios a través de Jesús, no temen aprender más acerca de Dios a través de otros caminos.

HACIA UN DIÁLOGO MÁS POSITIVO ENTRE LAS RELIGIONES Y LAS IGLESIAS

Teniendo como fondo tal comprensión pluralista de Jesús, los cristianos pueden hacer más profundo su compromiso con Jesús y, al mismo tiempo, estar mejor preparados para realizar un diálogo con creyentes de otras religiones. Para mí es claro que un entendimiento tan amplio de Jesús le permitiría a las iglesias y grupos cristianos aquí en Colombia no solamente hablar con Budistas e Hinduístas sino también, y especialmente, entre sí.

Aclaremos, primero que todo, que una comprensión pluralista de Jesús reconoce explícitamente el hecho de la diversidad y su valor. Así como ha habido en la historia muchas formas diferentes de entender a Jesús, igualmente hay formas diferentes de ser cristiano. En la misma forma los católicos reconocieron finalmente en el Concilio Vaticano Segundo, si hay sólo una verdadera Iglesia, ella está formada por muchas y diferentes iglesias. Tal comprensión pluralista de Cristo y del cristianismo deberá permitirle a todas las Iglesias Cristianas de Colombia asumir una actitud más positiva en su relación mutua, lo cual no quiere decir que llegarán a ponerse de acuerdo en todo, sino que reconocerán que todas ellas pueden muy bien ser parte de la única Iglesia de Cristo. Y en cuanto son una sola Iglesia de Cristo, deberán buscar la cooperación, no la competencia. Que cada iglesia aspire a ser lo mejor que pueda, que el Espíritu Santo decidirá en última instancia cuántos se les unirán o las abandonarán.

De igual manera, una comprensión pluralista de Jesús enfatiza que aunque puede haber diferentes formas de acercarse a Jesús y de ser cristiano, lo que ha de primar en toda esta diversidad de aproximaciones es la decisión de seguir a Jesús y continuar su obra: tratar de construir el reino de Dios aquí en la tierra. Este es el meollo del cristianismo. Puede haber diferencias en la forma como cada uno interpreta la Biblia, como se celebra la liturgia cristiana, como cada uno explica la divinidad de Jesús, pero en lo que debe haber siempre acuerdo entre todas las iglesias es en sus esfuerzos de amar al prójimo y trabajar por la justicia, la unidad, y el amor en la sociedad colombiana. “En esto sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros”, especialmente aquellos sumidos en la mayor necesidad -los pobres y marginados-. Aquí está el fundamento inmovible para la unidad cristiana, no importa cuán diferentes podamos ser en nuestros rituales y creencias cristianas. Si un cristiano fundamentalista está trabajando hacia la solidificación de la unidad y la justicia en su medio, yo, Católico Romano, lo trataré como hermano, y me sentiría más unido a él como cristiano que a mi hermano católico que asiste a la misa cada domingo si éste muestra una despreocupación indolente por el pobre y la injusticia reinante en la ciudad.

Por último, creo que una comprensión pluralista de Jesús pone en escena a un diálogo práctico entre católicos y protestantes en Colombia, el cual sería un diálogo centrado en el establecimiento del reino, así como Jesús giró en torno al reino. Sería también un diálogo que comenzaría no en las discusiones sobre asuntos doctrinales, sino en proyectos conjuntos para la búsqueda de soluciones concretas a problemas específicos de la sociedad colombiana. Sería un diálogo entre cristianos católicos y protestantes que trabajan juntos por el reino de Dios en la búsqueda de alternativas a la violencia en las ciudades y campos, a la pobreza, a la mala calidad de la educación en la ciudad, y a la contaminación de los ríos y del aire que respiramos. Es allí donde los cristianos han de encontrarse primero: en el amor a sus prójimos y en la promoción de la justicia.

Después, y sólo después, de esta experiencia de trabajo conjunto por el reino, como hermanos y hermanas, podrán los cristianos de diferentes iglesias sentarse a dialogar sobre su diferente aproximación a la Biblia, a María, o la diversa organización de sus comunidades. Estoy seguro de que un diálogo así fundamentado arrojará resultados provechosos. Tales cristianos habrán encontrado a Jesús allí donde Jesús quiere ser hallado y reconocido entre los pobres y los que sufren. Si los cristianos de diferentes iglesias realmente encuentran a Jesús primero en el pobre, en el amor al prójimo, estarán mejor capacitados para encontrarse el uno al otro.

Es mi esperanza que un cristianismo más pluralista, un cristianismo que reconozca que hay diferentes formas de encontrar a Dios, así como hay diferentes formas de seguir a Jesús, pondrá en escena un discipulado más fiel en el seguimiento de Jesús y construirá un mundo más cercano a lo que él llamó el Reino de Dios.